

¿DESARROLLO O LIBERACION?

1.—Introducción

Muchos de los estudios económicos sobre Centroamérica dan por supuesto que lo que de verdad necesitan las naciones del Istmo es desarrollarse. Así parecen pensarlo también nuestros Gobiernos y, en general, las fuerzas que están en el poder. ¿Es este supuesto evidente? ¿Es esto lo que ha de concluirse de una lectura seria de la realidad socio-económica, cultural y política de Centroamérica y Panamá, que sobrepase la enumeración de datos?

Tres pares de categorías interpretativas de la realidad global de nuestros países se han ofrecido hasta ahora: "desarrollo-subdesarrollo", "integración-marginación", "opresión (dependencia)-liberación". ¿Cuál de ellas interpreta más profundamente desde un punto de vista sociológico y teológico la realidad centroamericana? Responder a esta cuestión de capital importancia para el enfoque de la acción debida, es el intento de estas páginas.

2.—"Desarrollo-Subdesarrollo":

"Subdesarrollo" se contrapone a "desarrollo". Desarrollo es la categoría que define la situación de unos pocos países del mundo (especialmente Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Europa Occidental). Por tanto, cuando hablamos de "países en vías de desarrollo" subordinamos los objetivos de nuestros países a la pauta dada por los países desarrollados. Es decir: sin la necesaria crítica, introducimos en nuestro destino, no la interdependencia legítima que se impone en el mundo planetarizado de hoy, sino un **elemento de dependencia unilateral** que oprime la autonomía de las culturas.

El hacer esto supone un juicio de valor altamente discutible. El hecho de que muchos ciudadanos de los países "desarrollados" estén cuestionando hoy su propio "desarrollo", es sólo una de las señales de alerta que nos impide absolutizar el "desarrollo" como objetivo universalmente válido.

Históricamente es aun más cuestionable la validez del "desarrollo" como meta. El concepto fue forjado en las escuelas de economía de los países "desarrollados", promovido por las agencias internacionales y respaldado por los grupos que controlan la economía mundial.

Artículos

El camino hacia el "desarrollo" no tuvo en cuenta prácticamente las tremendas desventajas impuestas a los países "subdesarrollados" por los mecanismos de dependencia internacional a que estaban ya sometidos. Además el camino hacia el "desarrollo" se apoyaba, dentro de los mismos países "subdesarrollados", en las élites tradicionales o emergentes, quinta columna de las dependencias internacionales enunciadas.

Precisamente uno de los aspectos más importantes de la realidad centroamericana (exacerbada en relación con el resto de América Latina) es la crisis en que se encuentran como resultado de la secular división social entre élites y pueblo, entre dominantes y dominados.

El ímpetu empresarial de logro individualista que animó el proceso de ascenso de los países hoy "desarrollados" (la así llamada "Ética Protestante"), no es, por de pronto, un valor aceptable sin más. La teoría "desarrollista", con su deje de: "La riqueza llegará al pueblo como subproducto del proceso de desarrollo", mantiene esta división entre dominantes y dominados por tiempo indefinido, y no proporciona al pueblo la conciencia de opresión en la que se hunde su "subdesarrollo".

Es cierto, pues, como parte del diagnóstico, que los países del área centroamericana entran de lleno en el mundo "en vías de desarrollo", o para ser más explícitos son países "infradesarrollados". Pero, como hemos insinuado, el término "infradesarrollo", aunque tiene implicaciones sociales y políticas de todo orden, es eminentemente económico. Para determinarlo se echa mano de variables como producción, estructuras económicas, ingresos, recursos humanos... El índice más sencillo que se establece para medir el desarrollo o infradesarrollo es el ingreso per cápita.

Es peligroso plantearse el "subdesarrollo", o mejor dicho, la situación de nuestros pueblos, desde un ángulo casi exclusivamente económico, creyendo que las deficiencias en salud, vivienda, educación, nutrición... se resolverán automáticamente al aumentar los ingresos. En este supuesto se habla de mejorar la infraestructura de los países, fomentar la industria, aumentar la producción agrícola, ganadera, necesidad de tecnificación... Pueden darse todas estas mejoras en beneficio de las clases dominantes, mientras las clases dominadas no perciben ningún beneficio de tales mejoras, o si lo hacen es en grado mínimo.

Hay que reconocer que el concepto de "desarrollo integral", tal como fue elaborado por científicos sociales humanistas —muchos de ellos cristianos como el P. Lebreton—, intentó hacer justicia a las necesidades de nuestros pueblos y superar el exclusivismo económico. Sin embargo, se resiente aún de una visión demasiado sosegada de nuestra realidad. Los mecanismos seculares de dominación, sobre los que se asienta nuestra realidad, impiden concebir el proceso que buscamos como "desarrollo", término demasiado neutro. Se requiere una revolución cultural, una concientización de nuestros pueblos dominados para que asuman la tarea de su liberación. Esto anuncia un proceso sumamente conflictivo, que hay que afrontar con valentía y lucidez.

No queremos decir aquí que la categoría de "desarrollo" no posea nada válido. En cuanto connota dominio del mundo por el hombre, técnicas más perfectas, apunta hacia instrumentos utilizables, sin embargo, no puede ser unívoca, sino determinada culturalmente. Ciertas técnicas, cierto utillaje tecnológico, concebidos **en y para** una organización social determinada, pueden ser alienantes y opresores, si se trasplantan sin más a otra organización social. Esto vuelve a hacernos subrayar el carácter relativo del "desarrollo" como fin.

3.—“Integración-marginación”:

Se ha intentado ya en América Latina superar la categoría “desarrollo-subdesarrollo” con la de “integración-marginación”. La categoría de “marginación”, cuyo análisis se va a esbozar aquí, tal como ha sido presentado por reconocidos científicos sociales, refleja mucho más fielmente nuestra realidad.

3.1.—Superposición de lo socio-étnico:

Existe una superposición de culturas y, en buena parte, de razas. La situación colonial se ha perpetuado en la actualidad en lo que podemos llamar un colonialismo interno. La cultura de los colonizadores no asimiló la cultura indígena. Aunque en nuestros países sí ha existido una simbiosis de razas con un fuerte mestizaje, de hecho existe una sociedad estratificada que recorre toda una gama que va desde el indígena más autóctono al más puro alienígena. A medida que los estratos se distancian, la separación y divergencia cultural es prácticamente insalvable.

La diferenciación racial y cultural comprende múltiples aspectos: color y facciones, lenguaje, hábitos de familia, comida y aun vestido, recreaciones, valores básicos culturales y religiosos... Esta estratificación determina el nivel social y económico, el oficio, la ubicación geográfica, etc., que tienden a perpetuar el status. En los estratos superiores se ha instalado una nueva sociedad colonial, que absorbe y vive de culturas foráneas, con estilo de sociedades “desarrolladas”. A éstos se les ha llamado los “herodianos” de nuestras sociedades. En los estratos inferiores tenemos una sociedad de cultura primitiva y régimen de vida muy cercano al coloniaje y la esclavitud. Aquí se encuentra la mayoría de los habitantes de nuestros países. Los sectores intermedios son escasos y tendientes a asimilarse al superior, aunque en algunos de sus elementos comience a haber conciencia revolucionaria.

3.2.—Superposición en lo económico:

Como consecuencia obvia de la estratificación social tenemos en el terreno económico los dos grandes sectores: los poseedores y los desposeídos. Se trata de una aplicación doméstica de la división general en zonas o países “desarrollados” y “subdesarrollados”.

El proceso de industrialización se desenvuelve, por lo general, alrededor de las zonas donde viven los estratos superiores. Los beneficios de dicho proceso recaen primordialmente sobre esta elite urbana y rica. El grupo mayoritario, especialmente campesino, sigue al margen de los beneficios y con frecuencia es objeto de explotación. De aquí los problemas suscitados por las migraciones del campo a la ciudad, con la creación de los barrios marginados y la desproporcionada acumulación de trabajadores en el sector de servicios.

3.3.—Superposición en lo político:

No hace falta insistir demasiado en algo tan evidente en nuestros pueblos como es la separación efectiva entre la clase gobernante y la masa gobernada; aunque frecuentemente se dé al proceso político, la apariencia de “democracia”.

Artículos

La situación actual es prolongamiento de la situación colonial, con nombres y definiciones diferentes. En la realidad nos encontramos con el **mantenimiento del poder por una minoría** que también tiene el poder económico, aunque sepa ocultarse detrás de otras pantallas. El pueblo, y cuanto más alejado de la capital o del capital tanto más pueblo, no tiene participación alguna en el acontecer político. Ve con indiferencia la propaganda de los políticos de turno. La experiencia le ha enseñado que su situación no va a cambiar, que seguirá siendo explotado, o en el mejor de los casos ignorado.

En estas condiciones es difícil que haya un auténtico sentido de pertenencia, de unidad nacional, de aceptación jurídica de autoridad. No es raro que, en el campo sobre todo, se den sistemas propios de autoridad y ordenamiento social al margen de los del Estado. La clase dominante anhela las formas políticas externas y, aunque se siente beneficiada por la situación actual, tampoco tiene un sentido de pertenencia a su nación. En esta forma, existe una gran falta de identidad nacional.

3.4.—Características del marginado:

Tratemos de definir brevemente las características de esta población marginada.

3.4.1.—Falta de participación pasiva:

Considerada la sociedad como sede de recursos y beneficios sociales, estos grupos marginados no perciben, tal vez ni en grado mínimo, esos recursos y beneficios que la sociedad debiera distribuir equitativamente. Se ven privados de educación, de comunicación, de asistencia técnica y financiera, de recursos sanitarios, de vivienda, de empleo, de tierra, de infraestructura, etc.

3.4.2.—Falta de participación activa:

Esta manifiesta más profundamente la médula del problema de los marginados. Considerando al hombre no sólo como receptor de beneficios, sino como sujeto que contribuye a plasmar la sociedad global con sus decisiones, se percibe en los grupos marginados una falta de medios para participar activamente, incluso en aquellas decisiones que les afectan directamente. Se dan casos de reforma agraria en los que no se consulta a los campesinos; programas de vivienda, educación, control de la natalidad, etc., planeados desde arriba, sin consultar a los que han de "beneficiarse" de tales programas.

3.4.3.—Falta de integración:

Los sectores marginados de hoy, a pesar de ser mayoritarios, han sido pulverizados, atomizados por el colonialismo de los sectores dominantes. Los grupos marginados no poseen organizaciones solidarias y, si las tienen, es tan sólo a un nivel social de célula, sin fuerza para hacerse sentir y respetar en la sociedad. La situación se hace más dura cuando vemos que el **orden internacional** tiene interés en mantener tal estado de cosas.

De la descripción y análisis hechos hasta ahora, se concluye que **esta estructura de dominación del estrato superior sobre el inferior determina en el marginado un tipo de hombre totalmente otro, con valores y actitudes dis-**

tintos. Se trata de un hombre disminuido, no en lo tocante a sus valores morales, a menudo heroicos, sino en lo que concierne a su iniciativa y capacidad del actuar individual y solidario.

3.5.—Apreciación crítica de este análisis:

Creemos, sin embargo, que este análisis, a pesar de captar mejor nuestra realidad, se presta aun más a serias ambigüedades. Se piensa en el esquema de "integración-marginación" en "dos sociedades paralelas, sin comunicación eficaz entre sí". La realidad es que existe tal comunicación. Es cierto que las poblaciones que llamamos "marginadas" no están integradas en la corriente principal de nuestra vida cultural, socioeconómica y política, no "participan" ni pasiva ni activamente en ella; pero es muy dudoso —técnicamente hablando— si esta corriente principal, este sistema global vigente hoy en nuestras sociedades, pueda subsistir sin un mundo de marginación —en realidad de opresión— en que se apoye. Existe, pues, muy probablemente, comunicación entre los "integrados" y los "marginados": es una comunicación pervertida, una relación de dominante a dominado, de opresor —estructuralmente hablando— y oprimidos.

El análisis detallado de la "marginación" reconoce ciertamente muchos aspectos de esta comunicación pervertida que vicia toda la vida social. Pero para desenmascarar del todo su carácter hay que emplear —cremos— otras categorías. No toda "integración" de los marginados es absolutamente deseable.

4.—"Opresión o Dependencia-Liberación" (lectura sociológica):

La categoría que mejor parece definir nuestra realidad es la de "opresión o dependencia-liberación". "Subdesarrollo" es de hecho históricamente, al menos en parte, el subproducto del "desarrollo" de otros países.

Esta realidad, hoy enmascarada bajo los programas para el desarrollo o el progreso, fue no sólo reconocida paladinamente, sino convertida en teoría en los países hoy "desarrollados": el colonialismo o el imperialismo ("panamericanismo" fue su denominación suave entre nosotros). En un tiempo ya pasado los países hoy "desarrollados" apoyaron su desarrollo internamente en un proletariado masivo, sometido a la peor opresión de las clases dominantes. Hoy los países llamados "en vías de desarrollo" constituyen el proletariado del mundo. Esta es una de las consecuencias de la planetización de la sociedad. Sólo el cobrar conciencia de esta opresión puede darles el ímpetu para su liberación.

La liberación supone la existencia de unas estructuras de opresión y dependencia que hay que hacer saltar. Además se necesita pormenorizar —por medio del estudio de la realidad social— los mecanismos concretos de dependencia y opresión. No se puede liberar con diagnósticos "globales", sino rompiendo cada uno de los yugos estructurales que esclavizan.

La liberación exige también el desenmascaramiento de los valores y actitudes concretas, sobre las que se afianzan estos mecanismos de dependencia. En este sentido la liberación comienza por una autocrítica, fruto de la concientización, de los contravalores que se han hecho atávicos en nuestros pueblos dominados, y que son la otra parte de la causa que los mantiene en situación de dominados: apatía, pasivismo, resignación, fatalismo, insidioso complejo de inferioridad cultural, etc.

Artículos

Sólo así podrán nuestros pueblos continuar el proceso de independencia que iniciaron con la liberación política. Desgraciadamente este proceso abortó al convertirse la independencia en un cambio de poderes a nivel de elites, no en un cambio de organización social. Sólo cuando la estructura interna de dominación comience a derrumbarse, tendrán estos países la oportunidad de vivir como pueblos, autores de su propio destino, interlocutores respetables en la comunidad internacional.

5.—“Opresión o Dependencia-Liberación” (lectura teológica):

Hasta aquí hemos hecho una lectura sociológica de nuestros datos. En una lectura teológica tenemos que ir por el mismo camino.

Con ojos cristianos la realidad centroamericana no puede verse como “subdesarrollo” solamente: un raquitismo neutro, como mero defecto de crecimiento. Las estructuras que condicionan la vida humana en Centroamérica son, en juicio cristiano, una situación de pecado. La única solución cristiana frente al pecado —personal o situacional— es la redención. La “marginación” ya da pie a una primera lectura teológica, porque recuerda el pecado de “acepción de personas” que hay en nuestras estructuras. La “opresión”, la “dependencia” conducen hasta la raíz misma de este pecado estructural y personal: se niega a hombres y pueblos el valor y la dignidad que el Dios de Jesucristo ha impreso en ellos. Se **violenta** la libertad humana, aceptando como institución social una relación que sólo puede mantenerse por la opresión. Esto es lo que los Obispos Latinoamericanos han definido en Medellín como:

“Injusta situación promotora de tensiones que conspiran contra la paz” (2 —PAZ— I, 1); como

“situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada” (2 —PAZ— II,16).

La categoría “opresión o dependencia-liberación” es susceptible de una lectura teológica profunda.

Es cierto que ya el Génesis nos revela el mandato de Dios de dominar la tierra. Esto, sin embargo, no fundamenta una teología del progreso o del desarrollo indiscriminados. Exegéticamente los primeros capítulos del Génesis no son revelación abstracta del Dios creador de todas las cosas como “muy buenas”. Son la proyección hacia los comienzos del tiempo de la experiencia histórica de Israel con Jahvé —el Dios que se ha mostrado como “Yo soy el que seré para Uds.” (Ex. 3,14-15) en su historia—. Son la proyección de la experiencia de un pueblo que vivió la iniciativa de bondad de Dios: no eran un pueblo, eran “nada” en el contexto de las “naciones”, y Jahvé hizo de ellos un pueblo (Ex. 19,3-6; Deut. 7,7-8). La proyección de la experiencia de un pueblo que vivió el mal al rebelarse contra la libertad que Dios le daba —adoración del becerro como pecado “original” colectivo de Israel—. Esto es lo que explica el que —según los exegetas —incluso estos capítulos estén escritos en lenguaje de “alianza”.

El dominio de la tierra, de las cosas “muy buenas” creadas por Dios prevé el surgimiento del “misterio de iniquidad”. Sólo en Jesucristo, por su muerte y resurrección, será posible la auténtica vida humana. Pablo nos dice que el “misterio de Cristo” estaba oculto desde los siglos “en Dios Creador” (Ef. 3,9). Cristo es Señor de la Historia, pero liberando, redimiendo del misterio de iniquidad.

Este misterio de iniquidad, como opresión del hombre por el hombre, o como perversión del sentido de la vida, reducido al binomio "riqueza-poder" encarnado en las estructuras sociales, da a la lectura sociológica de nuestra realidad su dimensión de pecado. De él hay que liberarse y dejarse liberar.

La liberación sociológica, respuesta al desquiciamiento de nuestra realidad, es asumida cristianamente como liberación redentora. Así traducimos —en la historia de nuestros pueblos como lugar teológico de salvación— lo que fue la experiencia de Israel, revelada plenamente en Cristo, en él encarnada y universalizada.

Estamos en "éxodo". Como en otro tiempo su legado, Moisés, figura de Cristo, hoy también el Dios de Jesucristo quiere hacer despertar del letargo a nuestros pueblos:

"Así como otrora Israel, el primer pueblo, experimentaba la presencia salvífica de Dios cuando lo liberaba de la opresión de Egipto, cuando lo hacía pasar el mar y lo conducía hacia la conquista de la tierra prometida, así también nosotros, nuevo Pueblo de Dios, no podemos dejar de sentir su paso que salva". (Introducción a las Conclusiones de Medellín, 6).

Nuestros pueblos, de cuyas estructuras de dominación la Iglesia debe considerarse co-responsable, dentro del conjunto de los pueblos del "Tercer Mundo" tienen potencialidad de ser interpretados teológicamente como el "Siervo de Jahvé". Ya en Isaías, este "siervo" es a veces un hombre concreto, a veces todo el pueblo. Su opresión, asumida en Cristo, que se identifica con ella para liberar, puede ser redentora. Redentora de la opresión de los oprimidos y de la opresión de los que oprimen.

La alusión hecha a la co-responsabilidad de la Iglesia en la formación de estas estructuras no niega los magníficos esfuerzos que nuestra historia atestigüa. Más bien deberían ser un estímulo para recuperar esa línea.

En concreto, todos los cristianos, y en especial los que cumplen un oficio "pastoral" estamos llamados a "dar la vida" (Jn. 10), a "romper las coyundas con que se tiene esclavizados" a nuestros pueblos (Ez. 34,27). En resumen, a configurarnos con la existencia redentora de Cristo, que Pablo veía ya actuante en la experiencia liberadora de Israel: "Y la roca era Cristo" (Cor. 10,4):

"Es el mismo Dios quien, en la plenitud de los tiempos, envía a su Hijo para que, hecho carne, venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a que los tiene sujetos el pecado (Jn. 8,32-35), la ignorancia, el hambre, la miseria y la opresión, en una palabra la injusticia y el odio que tienen su origen en el egoísmo humano". (Medellín, 1 —Justicia— II, 3).

Esto supondrá para nosotros una existencia "escandalosa" como la de Cristo ("signo de contradicción"). El desprecio al pobre y sojuzgado, el ansia de riqueza y dominio, el sinnúmero de preceptos rituales que ponía sobre los hombros de la humanidad un peso que "ni Uds. ni sus padres pudieran llevar", constituyen en Cristo objeto continuo de denuncia. Cristo llegó

Artículos

a supeditar la legitimidad del culto al respeto al hombre, y a identificar el amor al hombre con el amor a Dios. Esta liberación redentora de la iniquidad la selló con su muerte y resurrección.

Asumiendo lo que el desarrollo tiene de diagnóstico certero, integrando los análisis de la marginación, últimamente sólo la categoría de "opresión-liberación" es, pues, plenamente susceptible de interpretación teológica cristiana, aunque ésta esté aún en sus comienzos. Tiene además la ventaja de haber sido repensada en América Latina.

Esta misión liberadora tendrá que presidir el análisis y cuestionamiento de nuestra vida y nuestras obras. El que estas se orienten sobre la base de un análisis de "desarrollo-subdesarrollo", de "integración-marginación" o de "opresión-liberación", puede tener consecuencias prácticas tremendas.

Enfrentemos este examen recordando que siempre tenemos que mantenerlo abierto, siempre tendremos que guardar ante nuestras realizaciones y las de nuestros pueblos una distancia crítica, una libertad profética de la "palabra que no está encadenada" (2 Tim. 2,9). Porque, "no tenemos aquí ciudad permanente". Nuestra liberación definitiva es escatológica. Pero nuestros pueblos esperan que les digamos: "cobren ánimo, levanten la cabeza, porque se acerca su liberación!" (Lc. 21,28).

